

Veinte años y cuarenta días

Mi vida en una prisión cubana

JORGE VALLS

EDITORIAL HYPERMEDIA

Infanta Mercedes 27. 28020 — Madrid
www.editorialhypermedia.com
hypermedia@editorialhypermedia.com
+34 91 220 34 72

Título original: *Twenty Years and Forty Days. Life in a Cuban Prison*

Primera edición en inglés:

© Americas Watch Committee, 1986

Primera edición en español:

© Ediciones Encuentro, Madrid, 1988

De la presente edición, 2014:

© Jorge Valls

© Editorial Hypermedia

Editorial Hypermedia

Tel: +34 91 220 3472

www.editorialhypermedia.com

hypermedia@editorialhypermedia.com

Sede social: Infanta Mercedes 27, 28020, Madrid

Corrección y edición digital: Gelsys M. García Lorenzo

Diseño de colección y portada: Editorial Hypermedia

ISBN: 978-1508840558

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

JORGE VALLS. Nació en La Habana en 1933; estudió Filosofía en la Universidad de La Habana donde se convirtió en líder el movimiento estudiantil que derrocó a Batista. En 1964 el régimen de Fidel Castro lo encarceló por motivos políticos. Liberado en 1984 tras una campaña internacional, Valls vive en New York. Ha ganado cinco premios internacionales por sus escritos en prisión, incluido el Gran Prix en el Festival Internacional de Poesía de Rotterdam celebrado en 1983.

PREFACIO A LA EDICIÓN AMERICANA

Esta autobiografía difiere de todo lo que Americas Watch ha publicado anteriormente. Normalmente nuestro método consiste en publicar reportajes que intentan informar sobre la situación actual de los derechos humanos en los países en que trabajamos. Reunimos información con la ayuda de instructores nacionales de derechos humanos y la complementamos con la información que nos facilitan las entrevistas que realizamos a las víctimas de las violaciones de estos derechos, así como a sus familias y a otros testigos de estas acciones; a funcionarios del Gobierno y a otros que puedan tener una versión distinta de los hechos. Además reunimos pruebas e indicios en los lugares donde las violaciones han sido cometidas.

Este método no se puede aplicar en Cuba. No hay grupos de instructores de derechos humanos dentro del país y no conocemos a ninguna persona ni institución que pueda reunir sistemáticamente información sobre las violaciones de tales derechos. Más aún, el Gobierno cubano ha denegado a Americas Watch el permiso para ir a Cuba a realizar una encuesta. Cuba es el único país del hemisferio que carece de grupos de instructores de derechos humanos, además de no permitir la entrada a instructores extranjeros.

Otro país latinoamericano, Guatemala, carece de grupos de instructores de derechos humanos, pues hasta ahora ha sido demasiado peligroso intentar formarlos. En 1984 se estableció en Guatemala una organización de familiares de desaparecidos, el Grupo de Ayuda Mutua; sigue trabajando a pesar del asesinato en 1985 de dos de sus portavoces, pero no se ha comprometido a formar un grupo de instructores de derechos humanos. De todas formas, Guatemala sí autoriza que organizaciones extranjeras realicen sus investigaciones. Solo hay otro país en el hemisferio, además de Cuba, que prohíba a Americas Watch reunir información, Guyana. Sin embargo, permite operar a un grupo nacional de instructores, la Asociación en Defensa de los Derechos Humanos de Guyana.

Americas Watch publicó anteriormente, en 1983, un reportaje sobre Cuba. Igual que esta autobiografía, estaba dedicada al trato que reciben los presos políticos. Antes de sacar a la luz aquel reportaje tuvimos una entrevista con el director de la Delegación de Representaciones Oficiosas cubana en Washington, intentando que nos autorizara a realizar una encuesta en Cuba, pero nos lo denegaron. En consecuencia, nuestro reportaje se basó por entero en la información obtenida fuera de Cuba.

Desde la publicación en 1983 de aquel reportaje, hemos estado buscando la manera de reunir información para que se preste mayor atención al estado de los presos políticos cubanos. Varias personas relacionadas con Americas Watch han viajado a Cuba como miembros de grupos que lo hacían por otros motivos y han intentado utilizar estas visitas para reunir información. De esta forma hemos obtenido algunos datos pero no son suficientes para publicar un reportaje exhaustivo y documentado como los que hemos realizado sobre otros países.

En 1985 entramos en contacto con Jorge Valls, puesto en libertad el año anterior tras pasar veinte años y cuarenta días en las prisiones cubanas. A través de nuestras conversaciones con él se nos ocurrió que la publicación de un relato sobre sus experiencias podría servir muy bien a nuestros intereses. Nos consideramos muy afortunados al poder persuadir al Sr. Valls para que escribiera su historia sobre los años que pasó en prisión y al obtener, gracias a él, este extraordinario relato que aquí publicamos.

Otras personas que han contribuido enormemente a esta publicación han sido Anne Nelson, que colaboró con Jorge Valls en la traducción de su manuscrito del español al inglés, lo preparó para publicarlo y escribió el prólogo; Vivian Cario (pseudónimo) que viajó a Cuba y reunió información para Americas Watch, siendo el que ha escrito el apéndice sobre la situación actual de los presos políticos de Cuba; y Gregory Wallance, que redactó el anterior reportaje de Americas Watch sobre los presos políticos de Cuba y ha sostenido gran número de conversaciones con Jorge Valls acerca de sus experiencias en la prisión.

PRÓLOGO

Fidel Castro se hizo con el poder en Cuba el 1 de enero de 1959. Al poco tiempo, el régimen empezó a encarcelar ciudadanos cubanos por motivos políticos. Nadie sabía con exactitud cuántos presos políticos había en Cuba. En un momento dado Castro confesó públicamente que debía haber unos 15.000; pero, con el tiempo, la evidencia ha demostrado que Cuba tuvo, durante largos años, más presos políticos en relación con su población que ningún otro país en el mundo; solo se han acercado a ella Sudáfrica, Indonesia y, posiblemente, la República Popular China. Ni Rusia, ni ningún otro país del bloque Soviético, alcanzó el penoso récord de Cuba durante este período.

Igualmente escasa era la información concerniente a las condiciones en que vivían los presos políticos en Cuba. Se les mantenía en total aislamiento, tanto del resto de la población del país como de cualquier organización internacional que se interesase por ellos. En 1978 se abrió una ventana a su situación cuando Fidel Castro anunció que la mayoría de los presos políticos podían esperar su liberación en «un futuro próximo».

En aquel momento Castro afirmó que había 3.238 personas encarceladas «por delitos contra la Revolución» y otras 425 «por delitos cometidos durante la dictadura de Batista». Unas 600 personas más estaban en prisión por intentar abandonar el país ilegalmente. No mencionó a los objetores de conciencia, que se calculan en varios centenares. Aunque la declaración de Castro era un paso hacia delante en relación con los presos políticos, estaba muy lejos de ser una solución al problema y muchos de ellos siguieron languideciendo en las cárceles cubanas durante años.

Uno de estos presos era un maestro y poeta llamado Jorge Valls.

Valls había sido activista de primera fila en los movimientos estudiantiles de la Universidad de La Habana, donde estudiaba Filosofía; varias veces fue encarcelado bajo el gobierno de Batista. Muy pronto, tras su llegada al

poder, chocó con el régimen de Castro, tanto por no alistarse en el ejército como por su insistente defensa de un amigo procesado por cargos políticos.

En 1964, el mismo Valls fue sentenciado a veinte años de cárcel «por actividades contra los poderes del Estado y por dirigir organizaciones antigubernamentales». A pesar de las esperanzas despertadas por las declaraciones que hizo Castro en 1978, Valls fue obligado a cumplir toda su condena. Tenía 31 años cuando entró en prisión en 1964, y 51 cuando salió.

Sus memorias sobre la vida en prisión arrojan una valiosa luz sobre uno de los puntos más oscuros de la sociedad cubana. Muchas de las prácticas más controvertidas del Gobierno cubano se reflejan en sus experiencias, incluso su propio juicio, llevado a cabo bajo los auspicios del ejército, a puerta cerrada; ni siquiera se permitió la entrada a su propio abogado, ni a los testigos de su defensa.

Entre 1960 y 1961, el gobierno de Castro destituyó a una serie de miembros de la Administración de Justicia cubana, desde magistrados locales hasta del Tribunal Supremo, ahogando así cualquier esperanza de una justicia independiente. Cualquier abogado en Cuba, incluyendo los designados para la defensa de los presos políticos, era funcionario del Estado. Hasta 1973, tribunales especiales, llamados «tribunales revolucionarios», se encargaban de cualquier caso relacionado con los «delitos contra la revolución» que abarcaban desde los delitos violentos, como el terrorismo y la insurrección armada, hasta las actividades políticas, como la distribución de propaganda o el intento de abandonar el país.

Naturalmente, muchas de las medidas drásticas del régimen produjeron una crisis nacional. Al principio de los años 60, Cuba era claramente un país bajo estado de sitio y surgieron varias organizaciones activistas que intentaron derrocar al gobierno mediante acciones violentas. Algunos de estos grupos recibieron capital y apoyo de la CIA, mientras otros se escindieron del propio movimiento de Castro, expulsados por disentir de la intolerancia del régimen, por desacuerdo ideológico y, en algunos casos, por problemas personales. Pero los distintos grupos se confundían. Durante la siguiente década, el régimen empezó a encarcelar cada vez a más

disidentes políticos no violentos y personas consideradas como «corrompidos sociales» a las que se ponía la etiqueta de terrorista o infiltrado de la CIA, haciendo una distinción cada vez menor.

Jorge Valls fue miembro de un grupo de presos a los que se llamó los «plantados»¹. Eran los más politizados entre los presos políticos; no participaron en los diversos planes de «reeducación» del Gobierno, bien por negarse, bien porque el gobierno los consideró sujetos sin esperanza. Los «plantados», que sufrieron un trato especialmente duro por parte del Gobierno, defendieron celosamente su situación especial; los otros reclusos, incluidos los presos comunes, los trataban a menudo con una mezcla de temor y respeto. Muchos de ellos, empezando por Huber Matos y el líder de los trabajadores, Lauro Blanco, habían sido elementos clave en la lucha contra Batista.

La presencia de tantos antiguos aliados de Castro entre los presos políticos con penas muy largas señala otra característica peculiar del sistema cubano de prisión política: la intervención activa, personalizada y a menudo vengativa del propio Fidel Castro al utilizar las prisiones para castigar a los antiguos amigos y ajustar viejas cuentas.

Jorge Valls describe cómo fue interrogado por Castro en su propio apartamento privado en el transcurso del juicio que le condujo a prisión. La participación de Castro fue incluso más enconada en otros casos, como el de Huber Matos, cuando Castro se ocupó de que los testigos permanecieran durante largas horas para testificar contra su antiguo compañero de armas.

Todas las evidencias apuntan que el peor momento para los presos políticos de Cuba, tanto por la dureza de las condenas como por las condiciones de vida, fue a mediados de los 60. El testimonio de muchos otros prisioneros corrobora los relatos de Valls acerca de las frecuentes palizas y heridas de bayoneta, la alimentación y cuidados médicos inhumanos y el terrible aislamiento.

Aunque Cuba no ha sufrido las matanzas de las patrullas de la muerte y las «desapariciones» que han arruinado a otros países latinoamericanos,

¹ En español en el original.

muchos de los que se oponían a su Gobierno fueron ejecutados «legalmente». Valls oía todas las noches, o casi todas, ejecuciones en el recinto de la prisión cuando estuvo encarcelado en La Cabaña y en La Habana a mediados de los 60.

Según el historiador Hugh Thomas «el número total de ejecutados por la Revolución alcanzado a principios de 1961 fue, probablemente, de 2.000 y, quizá, 5.000 hacia 1970». No hay ningún informe disponible que indique cuántos de ellos fueron ejecutados por delitos violentos y cuántos por una oposición pacífica. Sin importar los cargos que pudiera haber contra estas personas, fueron procesadas en un momento en el que todos los estamentos del sistema legal cubano eran contrarios a un juicio justo.

Hubo algunas mejoras esporádicas tanto en el procedimiento legal como en las condiciones de prisión a mitad de los años 70. Pero el régimen de Castro no hizo ningún cambio digno de mención en su postura frente a este tema hasta 1978 y 1979, el período de mayor acercamiento, aunque temporal, entre Cuba y Estados Unidos. Deseosos de iniciar relaciones comerciales y diplomáticas con este país, y ansiosos por mejorar su imagen en una era en la que los derechos humanos eran una inquietud creciente en todo el hemisferio, el Gobierno cubano liberó a muchísimos presos políticos y suavizó el trato dado a muchos otros. Los «plantados», que en otro momento se habían contado por millares, quedaron reducidos a unos centenares.

Desgraciadamente, la saga de presos políticos cubanos no acabó en 1979. Todavía hay en Cuba más presos políticos con largas condenas que en ningún otro sitio del mundo, y sigue habiendo frecuentes informes sobre los malos tratos y abusos que sufren. Además, como demuestra Jorge Valls tan apasionadamente en sus memorias, nada puede devolver dos décadas de la vida de un hombre. El único progreso real que se ha conseguido en favor de los presos políticos cubanos se ha hecho bajo los auspicios de un amplio diálogo y una vigorosa política sobre los derechos humanos. Desde el momento en que esta política es capaz de liberar o mejorar las condiciones de vida de un solo preso, debe ser llevada a cabo con energía.

EDITORIAL HYPERMEDIA

Infanta Mercedes 27. 28020 — Madrid
www.editorialhypermedia.com
hypermedia@editorialhypermedia.com
+34 91 220 34 72

PRÓLOGO AUTOBIOGRÁFICO

Me convertí en preso político, primero bajo Batista y luego bajo Castro, porque creía en los principios de la democracia y de la dignidad del hombre. Muchos otros cubanos compartían mis ideales pero, dado el curso de la historia cubana, tuvimos pocas ocasiones de ponerlos en práctica. Cuba fue colonia española hasta 1898 y luchó en largas y sangrientas guerras para ganar su independencia. Sin embargo, la independencia no resultó ser una medida tan buena como se esperaba porque las tropas estadounidenses ocuparon Cuba hasta 1902 y de nuevo en 1909. Los cubanos pasaron varias épocas bajo dictaduras militares, primero bajo Gerardo Machado y después con Fulgencio Batista. Finalmente Batista cedió el poder, en 1944, tras unas elecciones celebradas de acuerdo con la Constitución, elaborada por una Asamblea constituyente en 1940.

Pero Batista se hizo con el poder por segunda vez el 10 de marzo de 1952 derrocando al gobierno, elegido democráticamente, de Carlos Prío Socarrás. El golpe de Batista fue respaldado por los intereses económicos y gubernamentales de Estados Unidos, que no tenía una idea demasiado clara sobre las tendencias socialdemócratas de Prío Socarrás.

Bajo Prío Socarrás, Cuba había disfrutado de una democracia constitucional que garantizaba amplias mejoras respecto a los derechos civiles. El golpe nos impidió celebrar las elecciones nacionales programadas para más adelante, ese mismo año. La interrupción de nuestro proceso democrático iba a desembocar en una crisis que tendría graves consecuencias para nuestro futuro.

Por aquel tiempo tenía diecinueve años y estudiaba Filosofía y Letras en la Universidad de La Habana. Me enteré del golpe al amanecer y corrí lo más deprisa que pude hacia la Universidad; siempre que sucedía algo, los cubanos buscaban información y orientación en la Universidad.

Desde el mismo momento en que se inició, la Universidad se negó a aceptar el golpe. Estábamos preparados para luchar, con las armas si era preciso,

pero la situación era demasiado confusa. Al final de la tarde convocamos una huelga general, intentando evitar que Batista consolidara su posición. Yo iba con otros estudiantes de un sitio a otro, a las tiendas, fábricas y oficinas, pidiendo que cerrasen en señal de protesta. Hacia las siete de la tarde fui arrestado por un agente de policía y conducido a una comisaría. La policía me metió a patadas en una habitación. Caí de bruces y me cosieron a golpes.

A medianoche me sacaron de la celda para llevarme al patio. Me hicieron dar vueltas alrededor del patio mientras me golpeaban. Antes de amanecer vino un guardia a la reja de mi celda.

«¿Qué crees que hacías incitando a la huelga?», me preguntó.

«Defender la Constitución y las leyes de este país», respondí.

«Idiota», dijo, «¿no te das cuenta de que el primero en escribir la Constitución y las leyes de este país fue Batista?».

Creíamos que el golpe había sido una catástrofe para la República, que no se volvería a recuperar sino a costa de un sacrificio inmenso. La Universidad de La Habana, legalmente autónoma, nunca reconoció al gobierno que se había hecho con el poder por la fuerza y, desde el principio, indujo a la gente a la resistencia. La Constitución decía que cuando los derechos básicos son violados, el pueblo tiene derecho a resistirse. Nosotros éramos el pueblo y resistíamos.

Hacia 1953 ya había sido arrestado muchas veces. Me volví a meter en problemas al aparecer en televisión denunciando al Gobierno por las matanzas cometidas en ese año tras el asalto perpetrado por Fidel Castro y un puñado de sus seguidores al Cuartel de Moncada. Tuve que marchar al exilio en Méjico donde pasé parte de 1954; volví a Cuba en el otoño del mismo año.

El 20 de mayo de 1955 se convocó una reunión en la gran escalera que hay delante de la Universidad, pero la policía bloqueó todos los caminos que llevan a este lugar. Algunos fuimos al teatro Radiocentro e interrumpimos la representación denunciando, tan alto como podíamos, los abusos que se

estaban cometiendo. Un golpe en la cara cortó mi discurso en seco. Me llevaron a la comisaría y fui golpeado durante horas. Luego me enviaron a la cárcel, acusado de haber sido cogido instalando una potente bomba a más de una milla del teatro. El fiscal pedía seis meses, pero los jueces, presionados por la policía, me condenaron a un año. Entonces, los estudiantes emprendieron una campaña por toda la isla. Fueron a los jueces y les dijeron: «si le metéis en la cárcel, tendréis que sacarle». Los mismos jueces que me habían condenado me concedieron el perdón y me pusieron en libertad.

En diciembre de 1955 participé en la fundación del Directorio Revolucionario, una de las organizaciones que libraban lucha armada contra Batista. Nuestros ideales (que no he abandonado nunca) eran democráticos, cristianos y socialistas, pero no marxistas. Tuvimos una reunión en la Universidad, en la gran escalera que lleva al campus; asistieron representantes de partidos políticos, de instituciones civiles y de la prensa nacional. Declaramos que «cuando la paz no es honorable, la guerra es necesaria».

Años más tarde llegué a convencerme de que la violencia entraña, necesariamente, la tiranía; a través de la lucha armada, el revolucionario se convierte en marioneta de una serie de intereses que pueden no tener nada que ver con la revolución o, incluso, pueden conspirar contra ella. Pero en aquel momento no nos dábamos cuenta de estos peligros. Nuestro objetivo era luchar contra el «estado opresor».

Los estudiantes universitarios proclamaban que la revolución no reconoce líderes, sectas, partidos ni clases, porque es obra de todo el pueblo; y que solo a través de la participación de todo el pueblo podríamos estar seguros de que los cambios satisfarían a todos los que tenían que vivir con ellos.

Tomé parte en todo tipo de lucha, desde la agitación y propaganda al terrorismo, desde la conspiración militar a la actividad clandestina de los sindicatos. No fui a la sierra porque pensé que el poder se iba a decidir en la capital y porque no me sentía a gusto con Fidel Castro, que dirigía los movimientos guerrilleros en la sierra. Por entonces Castro era un joven

abogado recientemente graduado en la Universidad de La Habana. Pero tenía la reputación de ser poco fiable y yo experimenté personalmente su práctica habitual de romper los acuerdos tomados con otros grupos revolucionarios.

Debido a mi labor en la ciudad fui encarcelado y golpeado varias veces y pasé mucho tiempo en la clandestinidad. En 1958 marché de nuevo al exilio en Méjico. Cada vez estaba más convencido de que Cuba corría el peligro de convertirse en un estado totalitario tan fanático como la Alemania de Hitler y lo denunciaba públicamente.

Se había tardado varios años en preparar la revolución cubana porque desde el principio se habían dado graves divisiones entre las fuerzas revolucionarias. Después de que Batista se hiciera con el poder en 1952, la Universidad engendró varias conspiraciones para derrocar al dictador. Las acciones más notables fueron el intento de golpe del Dr. Rafael García Bárcena, el 4 de abril de 1953 y el ataque de Castro contra el Cuartel de Moneada, el 26 de julio del mismo año. Muchos de los seguidores de Castro fueron masacrados y él junto a otros cabecillas, sufrieron prisión durante casi dos años.

Durante los años siguientes la oposición empezó a tomar cuerpo en dos tendencias. Nuestro Directorio Revolucionario sostenía que una revolución debía ser forjada por toda la sociedad, e intentaba construir un frente unido de partidos políticos, sindicatos e, incluso, grupos militares. La otra tendencia estaba encabezada por Castro, exiliado en Méjico. Sus seguidores no se preocupaban por la ideología o el análisis, sino que se dedicaban a fomentar el magnetismo personal de Castro.

Hacia 1956 el conflicto con el Gobierno de Batista se había intensificado. Se abortaron una serie de conspiraciones militares, aumentó la represión y se cerró la Universidad de La Habana. El 30 de noviembre Castro desembarcó en Cuba con un grupo de treinta seguidores y se lanzaron a una guerra de guerrillas. El país padeció huelgas, violencia y rebeliones militares durante unos pocos años, pero todo esto fracasó a la hora de hacer salir a Batista. El movimiento guerrillero de Castro ganó fuerza y, gradualmente, las otras

fuerzas revolucionarias se fueron uniendo a su ofensiva. El 1 de enero de 1959 el régimen de Batista se derrumbó y Castro y su movimiento «26 de julio» se hicieron con el poder.

El 1 de enero de 1959 estaba en Méjico. No volví inmediatamente a Cuba porque no confiaba en la actitud del nuevo régimen hacia los derechos humanos elementales. Cuando llegué, el 21 de enero, no vi ninguna señal de que los derechos del individuo, los derechos que consideraba más importantes, fueran a ser respetados.

Poco después de la victoria de Castro un tribunal revolucionario procesó a un grupo de pilotos de las fuerzas aéreas de Batista, acusándoles de bombardear ciudades civiles durante la guerra. El juicio, que tuvo lugar en la provincia de Oriente, fue presidido por un capitán del ejército rebelde, Félix Pena, amigo mío. Todo el tribunal consideró a los pilotos inocentes y les absolvieron, pero Castro, ahora Jefe del Estado, anunció que habían de ser juzgados de nuevo. Se designó un tribunal distinto que les encontró culpables. El capitán Pena apareció muerto, aparentemente por suicidio, pero sus amigos nunca creímos que se hubiera matado a sí mismo.

En octubre de 1959 Huber Matos, oficial del ejército de Castro, renunció a su cargo como comandante en jefe de la provincia de Camagüey. Fue otro acontecimiento crucial, dado que Matos había sido uno de los ayudantes de campo más distinguidos del Ejército Rebelde. Adujo como razón para su dimisión las diferencias ideológicas con el nuevo Gobierno encabezado por Castro.

En 1964, un amigo mío llamado Marcos Rodríguez, que había trabajado a mi lado en actividades revolucionarias, fue procesado porque, supuestamente, había entregado algunos estudiantes universitarios a la policía de Batista, llevándolos a la muerte. Creía que era inocente y recorrí largas distancias para reunir pruebas que lo demostrasen.

Este sería el último capítulo de sus problemas; en 1960 había sido arrestado en Praga acusado de conspiración contra el gobierno checo y pasó casi cuatro años en los calabozos de la Seguridad del Estado cubano. Cuando

apareció en público por estos últimos cargos era como un trozo de cuero, incapaz de mantenerse en pie por sí mismo ni de levantar la cabeza.

Su juicio fue una parodia. Quise testificar en su favor y fui al tribunal donde se desarrollaba el juicio. Aunque me permitieron entrar en la sala de testigos, nunca me llamaron a declarar. En vez de eso, me llevaron por la fuerza al apartamento de Fidel Castro, donde él mismo me interrogó. Me preguntó acerca de mis contactos con Marcos en Méjico y sobre otros miembros de nuestro círculo. No se me permitió ofrecerle ninguna otra información y me dejaron volver a casa.

Al día siguiente me llevaron al tribunal, pero el fiscal declaró que mi testimonio era inadmisibile porque era cosa sabida que estaba en contra del gobierno. Declaré, pero no hubo ninguna otra comprobación de los datos que di, y fui el único testigo de la defensa. Después, el Viceprimer Ministro se ofreció para arreglarme otra entrevista con Castro. Pensé que podría ayudar y al día siguiente volví al apartamento de Castro, pero me dijeron que no estaba.

Como último recurso fui al Palacio Presidencial. Osvaldo Dorticós, que había sido nombrado Primer Ministro, me dijo: «No nos interesa la culpabilidad o inocencia de Marcos Armando Rodríguez. Nos interesan las consecuencias políticas que pueda tener este juicio».

Marcos fue fusilado el 25 de abril de 1964, el día en que cumplía veinticinco años. El 8 de mayo me arrestaron a mí en una casa en La Habana.

ARRESTO E INTERROGATORIO

Debía ser poco antes de medianoche cuando la Seguridad del Estado, la policía política de Cuba, llegó a la casa donde yo estaba de visita, golpeando la puerta y dando gritos. «¿Pero qué es esto?», repetía la señora de la casa. Estaba acostumbrado a los arrestos nocturnos pero todavía me producían una sensación de vacío en el estómago. Habían venido a arrestar a alguien más, otro visitante, un fugitivo, pero pidieron a todo el mundo su identificación, que en aquel momento era la cartilla militar. Les dije que no tenía y por eso me llevaron a mí también a la Seguridad del Estado.

Es difícil explicar el carácter de todo-poderosa que tiene la Seguridad del Estado en Cuba, también conocida como el DIER (Departamento de Investigaciones del Ejército Revolucionario), el G-2 o, simplemente, «el Departamento». Oficialmente, la Seguridad del Estado es una rama del Ministerio del Interior que supervisa las prisiones del país y, durante muchos años, cualquier procedimiento legal que tuviera que ver con cargos políticos.

En Cuba no es la policía política la que sirve al gobierno, sino el gobierno el que sirve a la policía política. Ellos son los que deciden si se ha de investigar, arrestar, secuestrar o ejecutar a una persona. Un ciudadano cubano puede ser arrestado en cualquier sitio y a cualquier hora sin que nadie lo sepa y permanecer encerrado en la Seguridad del Estado durante unas pocas horas o unos pocos años. Los tribunales están subordinados a la Seguridad del Estado, que se queda con las pruebas y decide qué presos han de ser juzgados y cuáles puestos en libertad.

El Cuartel General de la Seguridad del Estado estaba en «Villa Marista», que había sido colegio religioso y monasterio. Por fuera todavía parecía un colegio, con jardines y patios. Pero por dentro se había convertido en un laberinto de pasillos, oficinas, cámaras de trabajos forzados y celdas.

Los agentes apuntaron mi nombre, mi dirección y otros datos personales; luego me hicieron una fotografía con un número en la parte inferior. Cuando me preguntaron por qué no tenía cartilla militar respondí: «porque no me he alistado». Me repitieron la pregunta y expliqué: «porque no estoy dispuesto a tomar las armas para servir a un gobierno totalitario». El agente al cargo mecanografió su investigación y ordenó a los otros que me devolviesen a la celda.

Caminé a través de un largo pasillo con celdas a ambos lados, herméticamente cerradas con grandes puertas de hierro y enormes cerrojos. Me recordaban las cámaras frigoríficas de una funeraria donde se conservan los cuerpos.

Entré en mi celda, despojado de todo excepto las gafas. Me habían quitado la ropa y mis objetos personales, incluso la cadena de oro que siempre llevaba al cuello. Empecé a vestirme con el traje que daban a todos los presos.

Mi compañero de celda era un tipo alto y fuerte, de mirada bondadosa. Más tarde me enteré de que era basurero y no sabía leer ni escribir. Pasó toda la noche junto a los postigos de hormigón que no dejaban pasar la luz, hablando con Dios.

Hablamos de todo y de nada, él y yo, excepto de lo que pudiera habernos traído a prisión (en todas partes había ojos y oídos proporcionados por la tecnología moderna). Pero sí nos dijimos, como es habitual, quiénes éramos, de dónde veníamos, qué hacíamos. Acabamos hablando de Dios y de nuestros seres queridos. A veces ocurre que, cuando los seres humanos se esperan lo peor, ponen al descubierto sus mejores cualidades.

Al día siguiente me llevaron para interrogarme y comprobar si era cierto lo que había dicho anteriormente. Me dieron una cartilla con un número a la vez que el traje. Para los agentes, uno no tiene nombre, solo un número, y ellos son igualmente anónimos para nosotros. Me guiaron a través del laberinto, por los pasillos escaleras arriba, hasta que llegamos a una habitación que tenía por todo mobiliario una mesa y dos sillas, con aire acondicionado e insonorizada.

El oficial encargado del interrogatorio entró. Era joven, sobre los treinta, y dijo llamarse Rosell. No mostró ningún interés por tomarme declaración sobre organizaciones o actividades clandestinas. Ya sabían sobre mi vida hasta el más mínimo detalle, no porque yo fuera nadie especial; mi padre vendía trajes y mi madre era profesora de piano. Estuve estudiando hasta que se cerró la Universidad en 1957, cuando solo me quedaba un año para la graduación. Había trabajado como maestro desde la adolescencia. Lo que realmente importaba a los que me interrogaban era su idea de que me oponía a Castro incluso antes de que se hiciera con el poder, y les dije que tenían razón.

El oficial dijo: «Ya que has decidido oponerte a nosotros, nosotros nos opondremos a ti». El interrogatorio duró unas dos horas. Una y otra vez repetían preguntas elementales, y volvían a examinar mi vida y mis opiniones. Varias veces el interrogador insinuó que sabían algo sobre mi vida privada, mi vida «sexual», para ser más exactos. Al principio me limité a dejarlo pasar para saber hasta dónde podía llegar, pero finalmente tuve que interrumpirle: «¡Qué sabes sobre Jorge Valls!», grité, «¿has oído alguna vez el nombre de Jorge Valls mezclado en un escándalo? ¡No sabes de qué estás hablando!».

Parecía avergonzado y trató de disculparse: «Solo pasa que tienes muchos enemigos», dijo. «Debe ser eso», respondí y aquello terminó así. A veces la Seguridad del Estado intenta hacer chantaje a sus detenidos con su vida privada. En ocasiones lo hacen con noticias que han reunido, pero en otras no saben nada y aventuran cosas con la esperanza de atraparte.

Hubo más sesiones. Una vez me llevaron a ver a una mujer que, probablemente, habían arrestado unos meses antes y ahora me acusaba de «actividades contrarrevolucionarias». Formaba parte de una pareja con la que había tenido contacto en el exterior. Nunca me habían inspirado confianza. Me habían pedido dinero y me habían ofrecido dirigir una organización antigubernamental, pero no tenía dinero que darles y había rechazado todas sus ofertas. Ahora intentaban implicarme. Debía haber sido una de las muchas conspiraciones organizadas por la Seguridad del Estado para pescar a gente desleal.

Todo esto fue una pérdida de tiempo; ellos sabían por qué estaba allí, y yo también. Finalmente, me llevaron a una oficina y quisieron que firmase una lista de los cargos que tenían contra mí. La miré despacio. No iba a firmar nada aceptando cualquier cargo que no fuese que no me había alistado en el servicio militar. Sabía que la sentencia habitual por evadir el reclutamiento era de tres años. Pero después de mi primer interrogatorio no se había vuelco a mencionar esa infracción y tampoco estaba entre los cargos.

Los agentes sugirieron que mi situación era difícil, y que podía llegar, incluso, a la ejecución. Me dijeron que debía «retractarme» de mi comportamiento (no sabía qué querían decir) y colaborar con el Departamento de Policía. Me negué, sonriendo, pensando que si uno no puede triunfar en una causa justa, al menos puede sufrir por ella. Un poco más tarde un vehículo especial me llevó a la infame prisión para delincuentes políticos, La Cabaña. En el coche me encontré con un viejo amigo, compañero de pasadas luchas, lo que me hizo muy feliz. Pero no hablamos mucho durante el camino.

* * *

La Seguridad del Estado no era nada nuevo para mí. Había estado allí en 1960, 62 y 63. Mis arrestos nunca habían sido justificados. La policía política en Cuba puede arrestar a cualquier persona y retenerla indefinidamente, tanto si ha cometido un delito como si no. Sé de uno que fue capturado con un arsenal de treinta ametralladoras y le pusieron en libertad unos días después; y de otros que no se habían visto en vueltos en nada y pasaron largos años en prisión o, incluso, fueron ejecutados.

Una noche en 1960, miembros de la Seguridad del Estado vinieron a mi casa. Nos visitaba una familia, amigos de mis padres. Los agentes registraron mi habitación y todos mis papeles cuidadosamente. Cuando llegué, poco después de medianoche, nos llevaron a mi padre, a su amigo y a mí a la Seguridad del Estado. Las mujeres quedaron bajo arresto domiciliario. Pasamos más de tres días en la cárcel. No nos dieron ninguna

explicación de por qué nos habían arrestado, o por qué nos ponían en libertad; se esperaba que nos sintiéramos agradecidos porque nos dejaban marchar.

En 1962 intenté abandonar el país en un barco lleno de madera de construcción que salía de la Isla de los Pinos. Fuimos detenidos cerca de un lugar llamado Carapachibey y arrestados por un grupo de soldados que parecían estar bajo el mando de un oficial checo. Nos llevaron a una base militar y luego fuimos trasladados a La Habana, donde nos retuvieron treinta días y luego nos pusieron en libertad.

En 1963 quería estudiar ciertas áreas de la provincia de oriente que tiene interés arqueológico. Fui capturado por la rama G-2 de la policía política. Me llevaron a su jefatura en Santiago de Cuba, donde me encerraron en la cárcel, incomunicado durante dos semanas, y donde me interrogaron durante horas. Me preguntaron sobre sucesos de mi vida que habían tenido lugar cuando tenía catorce años. Después me trasladaron a La Habana diciendo que si no encontraban nada en mi contra, me pondrían en libertad. Lo hicieron, pero yo había «desaparecido» durante más de un mes. Nadie sabía qué me había ocurrido.

La Seguridad del Estado tenía sus propias técnicas. Sentaban a los detenidos en banquetas, en pequeñas estancias como cajas de piedra. Allí les hacían esperar indefinidamente, hasta que los llamaran. Las paredes estaban pintadas de lunares y después de mirarlas durante un rato, empezabas a ver cosas raras. A menudo los mantenían con el aire acondicionado a temperaturas extremadamente bajas, de manera que cuando la vista tenía lugar, estaban tiritando. Pero lo peor de todo era la pérdida de la noción del tiempo, y de la esperanza. Las celdas tenían luz artificial, y llamaban al detenido o le llevaban la comida a intervalos irregulares. Al poco tiempo no sabías si era de día o de noche, todavía ayer o ya mañana.

Esto desquiciaba a algunas personas. Un caso así tuvo lugar en la jefatura de la Seguridad del Estado en Santiago de Cuba en 1963. Nos habían encerrado en celdas construidas en una habitación muy larga; las paredes,

que no llegaban al techo, estaban cubiertas con rejas, como una jaula. Desde mi celda podía oír la voz de un hombre. Parecía ser un campesino muy viejo procedente del interior de la sierra. Preguntó la hora al guardián. Este contestó que era la una del mediodía, aunque yo calculaba que debía ser de noche, ya muy tarde. El labriego, asombrado y con miedo de volverse loco, dijo: «¿Entonces, lo que me trajiste era la comida, y no la cena?». El guardián asintió. Más tarde pude oír al anciano murmurar en voz baja: «¿Pero por qué me tiene que pasar esto a mí?». Al amanecer me despertaron las maldiciones de los vigilantes: el pobre campesino se había suicidado.

Una vez, en un momento en que el guardián se había ido, pude hablar con otro detenido cuyo rostro nunca vi. Me dijo que llevaba allí más de ocho meses, y que nadie en el exterior tenía ni idea de dónde estaba. Lo peor era perder la esperanza. Si ibas a parar a la Seguridad del Estado, nadie sabría qué te había ocurrido, ni nadie podría hacer ningún esfuerzo en tu favor. Podías desaparecer por una semana o por años. Los detenidos estaban sujetos a varias técnicas de interrogatorio. Pasado un límite, podía bien guardar silencio acerca de absolutamente todo, con el riesgo de la esquizofrenia, bien confesar que se había comido a su madre cruda, aunque una confesión no le ayudaría en su situación.

Las palizas y torturas eran prácticas habituales, pero lo más grave era el trato «despersonalizado». Se llevaba a cabo en interrogatorios sin fin, en los que hacían al detenido las mismas preguntas (como el nombre y la dirección) cientos de veces. No permitían que el detenido durmiese hasta que empezaba a hablar y actuar como un zombi; le desorientaban al servirle el desayuno a las ocho, la comida a las ocho y media, la cena al día siguiente, etc.

Hacían todo lo posible por confundirle. Un vigilante podía preguntarle: «¿Qué te apetece comer?». El detenido dice: «Cualquier cosa». «No, no», responde el primero, «tienes que decirme lo que quieres». Finalmente el detenido contesta: «pollo». Al poco rato el vigilante vuelve con un trozo de pollo que cabría en un dedal. El detenido supone que es una broma y espera unos minutos. El vigilante vuelve. El detenido pregunta: «¿Me vas a

traer la comida o no?». «Esa es tu comida», responde aquel, «justo lo que me pediste. ¿Algo más?». Si el detenido le sigue el juego, el vigilante seguirá trayendo dedos de diferentes platos hasta que el oficial al cargo se acabe aburriendo.

Hay muchas historias como esta. Por eso no es sorprendente que un detenido sin experiencia previa en la Seguridad del Estado intente suicidarse a los cuarenta y cinco días. Le hablan, pero no sabe qué o cuánto le han dicho. Pero tiene muy claro que no volverá a ser el mismo.

Capítulo II

EN LA CABAÑA, 1964

Me negué a alistarme en el servicio militar porque pensaba que iban a utilizar el ejército contra la gente en vez de a su favor. Desde 1952, los cubanos vivían en un continuo estado de violencia. El ciudadano no tenía fe en ser protegido por la ley, se limitaba a sobrevivir al antojo de los poderes que hubiera. Los años 1959 a 1965 fueron los más violentos en la historia de Cuba, incluso más sangrientos que las guerras de independencia del siglo XIX, pues mucha gente que luchó contra Batista también se oponía al establecimiento de un estado totalitario.

El 1963 el Gobierno estableció el servicio militar. Muchos de nosotros sabíamos que no se creaba para defender la nación contra una invasión extranjera. Pensábamos que las nuevas fuerzas armadas iban a servir como instrumento de represión.

Aceptar el servicio militar significaba prestarnos como instrumentos para matar a nuestros hermanos. Ya había decenas de miles de presos y su número crecía rápidamente. Habían creado una clase social nueva, los miserables de la tierra, compuesta por representantes de muchos estratos diferentes de la sociedad: campesinos, trabajadores, estudiantes. Muchos de nosotros deseábamos ir a la cárcel como el único lugar en el que un hombre podía mantenerse firme en sus principios.

Yo vivía desde la Revolución con un amigo que tenía esposa y tres hijos. Decidió alistarse en el servicio militar para ganar algún tiempo, con la idea de no acudir cuando le llamasen. Yo ni siquiera me alisté. Lo único que pensaba era que no iba a tomar las armas para un gobierno totalitario. Tanto mi amigo como yo fuimos a la cárcel. Estuve en prisión veinte años; él lleva veintiuno y todavía no ha salido. Nunca pensamos que iba a durar tanto.

Me llevaron a La Cabaña, una prisión política situada en un antiguo castillo español, en el puerto de La Habana. Me metieron en un vehículo blindado (al que los prisioneros llamábamos «la puta») en el que había varias celdillas y muy poco aire.

Al principio, me instalaron en una celda estrecha y asquerosa justo al lado de la oficina de entrada. Estaba solo y parecía que no había nadie más al rededor. Ya conocía el castillo pues había ido a visitar a algunos amigos encarcelados. La vieja fortaleza estaba rodeada de mitos y leyendas. Me acordaba de una noche en 1959 cuando un amigo y yo la contemplábamos desde el otro lado de la bahía. El aire, transparente, cortaba la respiración; sin embargo, una pequeña nube, inmóvil y gris, estaba suspendida sobre sus mu rallas. Mi amigo la señaló y dijo: «Esa es la realidad invisible que hay detrás de todo esto. Todo parece claro, pero la nube gris no abandona el lugar. Ahí es donde todas las noches tienen lugar las ejecuciones». No había transcurrido un mes cuando ese mismo amigo fue fusilado en esa misma fortaleza.

No sé cuánto tiempo estuve allí. Finalmente vinieron por mí y me llevaron al almacén. Guardaron mi camisa y mis pantalones y me dieron un equipo completo de ropa hecho de paño amarillo, que ni remotamente era mi talla. Era un viejo uniforme del ejército, de hacía unos diez años a juzgar por su estilo. Los presos políticos teníamos que llevar los antiguos uniformes del ejército de Batista.

Me vestí. Estaba cansado y quería que me dejaran solo. Me llevaron a una celda por debajo del nivel del suelo. Una vez que la reja se cerró detrás de mí un preso me saludó a la oscura luz amarilla. Me condujo abajo, a otra celda donde dormían, amontonados, muchos hombres. El preso que me guiaba pidió a algunos de ellos que se acurrucaran o se movieran y me consiguió algo de sitio en el suelo donde poder echarme.

«Duerme», me dijo, «me puedes decir tu nombre mañana». Uno de los hombres al que había pedido que se moviera arrastró un trozo de cartón, no sé desde dónde. «Échate encima», dijo. «La piedra está húmeda». Me eché lo mejor que pude, encogiendo las piernas. El hombre sonrió y susurró:

«¿Cómo te llamas?». Se lo dije y respondió: «Sabía que tenías que acabar aquí». Había oído hablar del juicio de Marcos y de mi participación en él.

Noté que una gota de agua fría caía en mi espalda. Durante un rato estuvimos tranquilos. Después, en el silencio lejano de la noche pudimos oír el tañido de una campana. «¿Has oído eso?», preguntó. «Sí», murmuré. «Es la invisible campana sagrada». Recordé las viejas historias sobre la campana que repica, vaga y misteriosamente, en lugares tan remotos como una mazmorra, tan silenciosos como un pozo. Las leyendas dicen que lo oyes cuando estás destinado para una misión sagrada.

Nos despertamos al amanecer. Ahora podía ver el lugar con mejor luz. Era una gran galería rectangular con una reja; al otro lado de esta había un foso. La humedad formaba una mancha que se extendía por el techo. Los hombres dormían sobre el suelo aunque algunos tenían catres que les habían traído sus familias.

Al fondo de la habitación había unos servicios separados por tabiques. La galería estaba compuesta por tres niveles. El primero, con la reja de entrada, se abría al patio. Al único que se le permitía vivir allí era al «comandante», representante elegido por los reclusos para tratar con los oficiales. Vivíamos en el segundo nivel, comunicado por un túnel horadado en el grueso muro. La entrada que conducía al tercer nivel estaba cerrada con una gruesa puerta de acero. Detrás de ella había otros presos, todavía más aislados que nosotros. La única fuente de aire era la reja que, en la parte de atrás, daba al foso, y era un aire muy caliente.

Había unos setenta reclusos de todo tipo. Unos eran muy viejos, entre los sesenta y los setenta años; otros no parecían tener más de dieciséis. La mayoría rondaba los treinta y casi todos habían pertenecido al ejército revolucionario o habían luchado en la guerra contra Batista. Muchos acababan de llegar de la Seguridad del Estado y todavía no habían sido condenados; otros ya llevaban varios años en la cárcel y estaban allí como

castigo o por cualquier otra razón igualmente absurda. Se suponía que todos estábamos allí temporalmente.

Entre los presos encontré viejos amigos míos, algunos de ellos amigos íntimos de los que no había sabido nada durante varios años. Me hablaron del final de Marcos. En la calle todavía oías el insistente rumor de que no le habían matado, que eso era una invención y que le tenían escondido en algún sitio. Ahora que sabía que había muerto, su muerte era más incomprensible que nunca. Los presos, que tienen extrañas formas de conocer la verdad, me contaron algunos detalles: su última comida había sido guayabas y queso; había sido ejecutado a las cuatro menos cuarto de la madrugada. A pesar de mi dolor por Marcos, la prisión me resultó una experiencia reconfortante. Era el único «territorio libre» en Cuba, el único lugar donde podías decir lo que quisieras sin temer el arresto. Por supuesto, podían ejecutarte, pero estábamos acostumbrados a la idea de la muerte.

Mientras hablábamos, alguien empezó a cantar una *ranchera*² mejicana con una voz áspera pero expresiva. La letra contenía poemas metafísicos sobre la muerte, con pequeños gritos que son como los del alma herida por la maldad ajena. Varios presos la encontraron deprimente. Alguien exclamó: «¿Por qué tiene que cantar eso?». Me dio pena que se quejara y miré al cantante. Era un hombre joven, con un pelo espeso, que había sido traído hacía poco tiempo con otros dos reclusos. Era obvio que los tres habían pasado mucho tiempo en la Seguridad del Estado. Pregunté si alguien sabía por qué estaban allí. «Intentaron escapar del país», dijeron. «Mal asunto. Parece ser que hubo muertos». Pocos días después los sacaron de la celda y los fusilaron. El joven tenía motivos para cantar aquella canción.

* * *

Un grupo de reclusos se reía y me llamaron para que me uniera a ellos. Escuchaban a un chico de unos dieciocho años que parecía ser del campo, inculto, ingenuo y sonriente. Había venido del ejército revolucionario o del servicio militar y hablaba de sus proezas, riendo como un niño travieso.

² En español en el original.

Recuerdo que hablaba de sus ametralladoras antiaéreas. Contaba, con todo tipo de gestos y ruidos, cómo había aprendido a disparar. Había manejado aquella arma monstruosa como si fuera un juguete diabólico. Estoy seguro de que no sabía leer ni escribir; todo su conocimiento era práctico. Contaba cómo elegía sus blancos y que, cuando disparaba, sus oídos estallaban y sangraban profusamente. Cuando le preguntaron cómo sabía cuándo tenía que disparar, él intentaba explicarlo con gestos y farfullas. Repetía constantemente la palabra «acimut», que parecía gustarle mucho, para explicar cómo se podía alcanzar el blanco.

Mirando su rostro de indio, suave, podía imaginármelo sangrando y riéndose entre las explosiones que él mismo había producido en el cielo. Me preguntaba qué tipo de crimen podía haber cometido este niño cuya edad psíquica nunca sería mayor de ocho años.

Lo único que sé es que pocos meses después, en la Isla de los Pinos, le cogieron tratando de escapar. Le fusiló un pelotón de ejecución. No me acuerdo de su nombre, pero le recordaré todos los 28 de diciembre, día de los Santos Inocentes. ¿Qué otra cosa se puede llamar a un niño que es capturado, arrojado en el torbellino de la violencia de los adultos y finalmente sacrificado al ciego enfado del rey?

* * *

Era la hora del rosario de la tarde. Algunos presos lo venían rezando todos los días desde que les llevaron a la Seguridad del Estado. Nos reuníamos en un rincón al fondo de la habitación. Oímos un ruido en la entrada y el joven que iba a dirigir la oración se excitó y dijo unas breves palabras.

«Vamos a rezar», gritó, «y lo vamos a hacer aunque entren aquí a golpearlos y herirlos con las bayonetas. Tendrán que matarnos. ¡Vamos!». Empezó a recitar las oraciones en un tono de voz tan fuerte que más que plegaria parecía una orden militar: «En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo...» Más tarde supe que los guardianes tenían por costumbre entrar durante el rosario de vez en cuando, golpeando e hiriendo con la

bayoneta a los hombres que intentaban rezar. Esta vez pudimos hacerlo sin incidentes.

Todos estábamos de pie, excepto un joven que se arrodilló justo detrás de mí. Rezaba en voz baja y fervorosa. Tendría unos dieciséis años. Era delgado, con un rostro bondadoso y grandes ojos oscuros. Sus modales y su sonrisa eran apacibles, y aunque nada en él le mostraba como enérgico o agresivo, tampoco había nada que sugiriera afeminación u homosexualidad. Tenía la expresión simplona de una estatua de iglesia, y actuaba como si no se diera cuenta de lo que le rodeaba y como si confiara plenamente en una muerte gloriosa.

«No sé qué le pasa por la mente», dijo alguien. «No hay muchos cargos contra él; intento de abandonar el país. Seis, nueve años a lo sumo».

Le volví a ver, cuando me trasladaron al Patio Número 1, y me impresionó lo delgado que estaba y cómo contrastaba su pálida piel con aquellos ojos oscuros sobre un rostro que tenía una incomprensible alegría serena. No volví a oír de él hasta unos pocos meses después, cuando me dijeron que había muerto de una enfermedad de pulmón, o algo así, en el hospital de El Príncipe.

Pocos días después de llegar, me trasladaron con otros reclusos al patio Número 1. Al ir atravesando la galería, los presos me saludaban con muestras de gran afecto. Algunos eran viejos amigos de la lucha contra Batista, a otros les había conocido en mis estancias anteriores en la Seguridad del Estado. Me acomodaron lo mejor que pudieron, incluso me ofrecieron una cama por unas horas para que pudiera descansar. Era estimulante estar de nuevo con ellos, esta vez en un lugar donde podíamos discutir y hablar de política abiertamente hasta quedarnos satisfechos.

Cuando, unos días después, me llevaron de nuevo a la Seguridad del Estado, por poco tiempo, para más interrogatorios, el oficial me preguntó cómo me iba en La Cabaña. Le respondí espontáneamente:

«Muy bien». Se quedó asombrado. Luego dijo, algo irritado, «por supuesto, estás con tu gente».

Si no recuerdo mal, había once galerías con números desde el siete hasta el diecisiete, que daban todas a un patio amurallado. Cada galería tenía un techo abovedado de la antigua construcción militar española. Una gran reja señalaba la entrada de la parte delantera, y otra más pequeña daba al foso de la parte de atrás.

Las habitaciones tenían unos veinte metros de largo por menos de ocho metros de ancho. Cerca de la entrada había dos servicios, uno de ellos con una taza. Había, además, un cubículo pequeño con una especie de ducha y un lavabo. Estaban separados por paredes muy finas y una pequeña puerta de madera o un trozo de tela de cáñamo que colgaba como una cortina. En un lado había un urinario donde podían entrar dos hombres a la vez, y un gran lavabo. Tres metros por detrás de la reja había camas de hierro, apiladas en literas de cuatro, dejando un espacio de menos de cuarenta centímetros entre litera y litera y un pasillo central de unos dos metros de ancho.

En este espacio vivían trescientas cuatro personas y tenían prohibido estar a menos de tres metros de la reja de entrada, a no ser que tuvieran un permiso especial. Cada preso tenía sus objetos personales en una bolsa que colgaba de la cama o de un clavo en la pared. Trescientos cuatro hombres no cabían juntos, por lo que unos tenían que estar de pie, mientras otros se metían en los nichos de las camas. Por la noche, los que no tenían cama se encajaban en el suelo, como las piezas de un puzle, bajo las camas y en los pasillos. No podíamos estirarnos ni encogernos mucho, y una vez que estábamos en una postura era difícil cambiarla. Si alguien tenía que pasar al fondo de la reja de entrada tenía que encontrar los diminutos espacios que había entre los cuerpos y andar de puntillas para no pisar la cara o el pecho de su vecino.

Era verano y el calor nos asfixiaba. El aire estaba enrarecido por los cuerpos sudorosos y la suciedad acumulada. Las camas estaban asquerosas y llenas de chinches, aunque descubrimos que se podía disminuir su número pasando los trozos de hierro por el fuego.

* * *

Nos despertábamos al amanecer para que pasaran lista por primera vez. Teníamos que recoger todo en unos pocos minutos para alinearnos en dos filas de unos ciento cincuenta, hasta que el oficial nos hubiese contado. Luego nos daban algo que quería ser el desayuno: pan y café, a veces solo café. Después teníamos que volver a formar en dos filas, una para el urinario y otra para el baño. Con tanta gente era una locura. Al final nos obligaron a poner junto al urinario un cubo que vertíamos en el servicio cuando estaba lleno; de esta forma, tres hombres podían orinar al mismo tiempo. En cuanto a los servicios, eran absolutamente insuficientes cuando había una de las frecuentes epidemias de diarrea, y tenían que permitirnos utilizar la ducha o cualquier otro sitio.

Teníamos que ponernos en fila otra vez para recoger el agua. Siempre era extremadamente escasa, y la administraba el jefe de la galería. Generalmente tocábamos a cuatro tazas cada uno, y esto era todo lo que teníamos para beber, bañarnos y, a veces, lavar la ropa interior. Intentábamos utilizar la menor cantidad de ropa posible, unos pantalones cortos, o cortados por nosotros mismos, pero, por supuesto, la cantidad de agua nunca era suficiente y teníamos que negociar o robarla para estirla un poco más. Cada uno tenía una botella de plástico o, incluso, un cubo: sacrificando la bebida o el agua para la colada, acumulábamos suficiente para bañarnos de vez en cuando. Intentábamos no estar demasiado cerca unos de otros, pero era inevitable.

Cenábamos en un comedor colectivo, cada galería a un tiempo. Teníamos que llevar el uniforme completo y comer rápidamente si no queríamos dejarlo a la mitad. La comida era una especie de estofado hervido que contenía algo apenas reconocible como judías o verdura (generalmente guisantes); un plato por prisionero, nunca lleno. Era mejor no mirar tu plato porque podía venir con pequeños gusanos, gorgojos o cucarachas. Teníamos demasiada hambre para ser escrupulosos. Si alguien encontraba una cucaracha o cualquier otro objeto inusual flotando en su cena decía: «proteínas», y se lo comía o lo tiraba. Permitían a nuestros parientes

traernos un plato tradicional cubano llamado *gofio*³, una especie de harina tostada, y también leche en polvo y otros regalos que completaban nuestra dieta. Había algunos que no podían soportar las comidas de la prisión y sobrevivían lo mejor que podían a base de gofio y leche.

En un momento determinado de la tarde abrían las rejas y nos dejaban salir fuera, al patio o a las otras galerías. Había tantos presos que no podíamos caminar mucho ni sentarnos en el suelo. Aprovechábamos el tiempo charlando con otros camaradas e intentando mantener algún tipo de intercambio intelectual. Con un poco más de espacio para respirar intentábamos hablar de temas políticos, filosóficos o sociales. Los reclusos no hablan de sus casos porque nunca han concluido; siempre está el peligro de nuevas investigaciones y cargos. Pero era muy difícil hablar de política con una información mínima sobre lo que ocurría en el país o en el resto del mundo.

A algunos presos se les hacía imposible hablar con aquellos que iban a ser fusilados. Es muy duro hablar de política o de filosofía con un hombre que va a morir. Rápidamente estrechábamos lazos con otros y rompía el corazón soportar la muerte de un hermano que acababas de descubrir.

Aprovechábamos la hora del patio para nuestras lecciones de filosofía. Durante una hora más o menos podíamos encontrar una litera vacía en alguna de las galerías y nos reuníamos siempre que teníamos una oportunidad para explicar y discutir ideas. En el grupo había un seminarista, varios estudiantes y algunos otros jóvenes. Las discusiones eran una forma de reafirmar nuestra humanidad frente a la brutalidad. Pero las sesiones eran muy irregulares. Un día podía durar dos horas, al día siguiente unos minutos, al otro día nada en absoluto. La mayor parte de las veces la sesión terminaba bruscamente, cuando los guardianes entraban golpeando e hiriendo a los participantes con sus bayonetas. Nos hacían entrar a empujones en nuestras galerías provocando una estampida.

Todos intentábamos tomar un baño a la menor oportunidad. En Cuba, especialmente en La Cabaña, era más que necesario; por un lado a causa

³ En español en el original.

del clima, por otro porque para los cubanos, que consideran el baño diario una cuestión de honor, estar «Sucio» es la cosa más humillante que les pueda ocurrir. Probablemente por eso nos lo hacían tan difícil. Como no había sitio, corríamos las camas para hacer un pequeño espacio donde la gente se pudiera bañar (después de estar de pie, en fila, guardando un turno muy estricto) mientras otros secaban el agua del suelo.

Todos los días intentábamos limpiar la galería lo mejor que podíamos. Más de trescientos hombres juntos producen suficiente suciedad como para enterrarlos. Nos las arreglábamos para limpiar los suelos con la poca agua que pudiéramos reservar o encontrar, mientras el resto de los presos intentaban no molestar situándose en las literas. Cuanto más tarde limpiásemos, mejor, porque así los presos que tuvieran que dormir en el suelo lo encontrarían menos asqueroso.

Cuando llovía, las galerías se convertían en un verdadero espectáculo, y durante la estación de las lluvias esto ocurría casi todos los días. Los sumideros, que siempre estaban medio obstruidos, se desbordaban y toda la galería se inundaba con agua sucia y materia fecal. Teníamos que esperar a que escampase para limpiar y volver a la normalidad.

El tiempo pasa rápidamente. Aunque teóricamente no hacíamos nada, pasábamos el día entero en un verdadero estado de agitación, intentando conseguir las mínimas condiciones necesarias para la supervivencia biológica. Al final del día estábamos exhaustos.

Alrededor de las cuatro de la tarde nos llevaban al comedor para cenar, menos y peor que la comida. Después de pasar lista por segunda vez era el momento de la oración, el rezo del rosario, charlar un poco más y preparar las camas o el suelo para dormir. Teníamos que ir al servicio a lavarnos los dientes (en rigurosa fila para cualquier cosa) y luego estar listos para acostarnos en cuanto oyéramos el toque de silencio.

Pero ese no era el final del día. Al otro lado del foso había un reflector. Sus destellos penetraban a través de la reja de la parte trasera de la galería. Un centinela, armado con un rifle, nos vigilaba.

Si alguno quería levantarse después del toque de queda de la campana, tenía que informar por medio del jefe de la galería. Si no lo hacía le dispararían desde fuera.

Incluso ir al retrete por la noche era un problema. Recuerdo a un anciano que habían traído hacía unos días al que habían asignado un lugar para dormir al fondo de la galería. Una vez, ya muy pasada la medianoche, se despertó con diarrea. Después de avisar, tenía que atravesar la galería, pisando los cuerpos de los demás presos, hasta llegar al baño que estaba cerca de la entrada. Era muy anciano y caminaba con dificultad, cayendo sobre los presos echados en su camino. Pero no podía controlar sus intestinos, y goteaba de un lado a otro de la galería. El pobre hombre se sentía morir de vergüenza y sus víctimas, no intencionadas, no podían hacer otra cosa que esperar pacientemente hasta el día siguiente.

Prepararse para pasar la noche no era fácil. Primero teníamos que extender una manta o algunos papeles sobre el suelo, porque durante la noche se quedaba muy frío, y luego deslizar nuestros cuerpos bajo las camas. Dormíamos pegados unos a otros, intentando ocupar el menor espacio posible. Si uno quería cambiar de postura, tenía que sentarse. Todas las noches merodeaban las ratas, rozándonos la cabeza. Solía sentir a una de ellas yendo y viniendo; no tengo la menor idea de adónde se dirigía, pero después de su paseo no me volvía a importunar.

Un chico joven solía dormir a poca distancia por detrás de mí. Era un labrador de unos quince años más o menos. El suelo frío era muy malo para él y se pasaba toda la noche tosiendo. Estaba muy delgado y todos le mirábamos con pesimismo.

La noche no era el momento de descanso. Por el contrario, era cuando empezaban los horrores. Alrededor de las nueve comenzaban las ejecuciones en el foso que había detrás de la galería, al otro lado de la reja. Aunque desde mi galería no podíamos ver los fusilamientos, podíamos oír los sonidos más ligeros. La tranquilidad de la noche y el eco del foso los hacían aún más audibles.

Sabíamos con exactitud cuándo se encendía la luz. Oíamos venir al pelotón, desfilando, y al coche que traía a los condenados cuando se detenía. Luego estaba el sonido de una puerta que se abría y pasos en la noche. Oíamos cuándo les ataban al poste, sus últimos gritos, la orden de fuego, la andanada y, finalmente, el ruido de los tiros desvaneciéndose; luego, la retirada del pelotón y el traslado de los cuerpos. El último ruido eran los chillidos de las aves nocturnas que venían a picotear los trozos de carne que todavía colgaban del poste y de la pared.

Después del toque de silencio estaba terminantemente prohibido hablar, pero los presos gruñían, jadeaban, mascullaban maldiciones, etc. Alguno rezaba durante todo el tiempo que duraba la ejecución. Esto se repetía casi todas las noches, y generalmente fusilaban a un grupo entero, lo que alargaba mucho la sesión. Unas veces sucedía a medianoche, otras, entre las tres y las cuatro de la madrugada.

Al amanecer los presos bramaban de desprecio e impotencia. Alguno maldecía incluso contra el aire y nos liábamos en peleas unos contra otros a la menor provocación. Teníamos que mordernos los labios con fuerza una y otra vez, y que rezar pidiendo ayuda para continuar en este pozo de miseria sin que nuestro cerebro estallara y sin odiarnos a nosotros mismos.

El día nunca era tranquilo. Los vigilantes siempre tenían algún pretexto para entrar en la galería y sacarnos a empujones, a base de golpes y pinchazos de bayoneta, como una inspección o cualquier otra actividad sin sentido. Cuando estábamos mortalmente cansados, por fin caíamos dormidos, una breve tregua con la realidad, hasta que nos despertaban bruscamente para volver a sacudir nuestros huesos.

* * *

Los que más sufrían eran los ancianos. No tenían la fuerza física de los jóvenes ni la ciega esperanza en que el mundo podía cambiar de alguna forma. Había muchos ancianos en prisión; para éstos la supervivencia día a día era una lucha contra la fatiga. Uno de ellos se hartó de la crueldad. Se

levantó durante la noche y se suicidó en el baño. Horas más tarde otros presos advirtieron un charco de sangre bajo la puerta. Se había cortado las arterias con una cuchilla de afeitar.

Pero la muerte no era lo que más nos aterraba, sino la amenaza de la locura. Aquella tarde era muy cálida. Estábamos amontonados en las literas y en una zona de la galería los hombres se gritaban unos a otros, discutiendo coléricamente sobre qué refresco era el más popular en La Habana. Unos defendían una marca, otros otra distinta. Había un hedor en el aire del que no podíamos escapar a menos que dejásemos de respirar; nuestro sudor ya no era líquido, sino una sustancia pegajosa que nosotros mismos encontrábamos desagradable. El sonido de trescientas cuatro voces era como un rugido profundo. Los cuerpos se retorcían inútilmente buscando una postura en la que fuera posible estirarse.

Alguien gritó histéricamente: «¡Te digo que no, idiota, que es la otra!». «¡Puedes decir lo que te dé la gana!», chilló un segundo. Sus movimientos producían un terremoto en las literas. Luego un tercero vociferó y lanzó una zapatilla a la cabeza del segundo. Durante varios minutos nos vimos envueltos en una batalla campal en la que unos presos golpeaban a los otros como bestias salvajes, hasta que finalmente les separaron. Toda la pelea giraba en torno a unas bebidas que ninguno podía tomar; ni siquiera se vendían en la ciudad desde hacía años.

Otra vez un tipo pareció volverse loco. Era grande y fuerte; jadeaba y resoplaba como un toro. Daba vueltas, dando golpes al aire a un lado y a otro y pegando a cualquiera que se le acercara. Sus ojos sanguinolentos echaban chispas y tenía las venas hinchadas. Otro preso, un hombre equilibrado, más alto que el otro, se me acercó y me dijo en voz baja: «Verás cómo se le pasa». Se dirigió hacia el hombre, mirándole directamente a los ojos, con los músculos preparados para la acción. El tipo enloquecido gritaba, dio varias vueltas, pero no le atacó. Se iba acercando cada vez más hasta detenerse delante del loco, que empezó a relajarse. El arranque de miedo e histeria había cedido al fin.

* * *

Por aquel tiempo, el Gobierno ofreció un plan de reeducación como alternativa para aquellos que no podían soportar las condiciones en que nos mantenían. Si estábamos dispuestos a afirmar públicamente que había sido un error luchar contra el Gobierno y que el Gobierno de Castro era intrínsecamente bueno, nos trasladarían a otras galerías donde tendríamos algo más de comida y menos miedo a la agresión de los vigilantes. Llevaríamos un uniforme distinto, parecido al de los presos comunes, y colaboraríamos con los guardianes en el mantenimiento del orden. La colaboración iba desde ayudarles a contar a los reclusos hasta golpear a los presos políticos cuando se presentara la ocasión, tanto en el patio como durante las inspecciones. Los presos del plan también tenían que aceptar la «reeducación», para comprender la teoría, práctica y benevolencia del régimen. Esto significaba dar conferencias tanto como acudir a ellas, porque se suponía que hablaríamos a otros reclusos en proceso de reeducación para demostrar nuestras nuevas «Convicciones».

Algunas de estas lecciones se impartían de noche, en la galería que se utilizaba como comedor, justo al lado del foso de ejecución. El «profesor» utilizaba un micrófono para que le oyeran todos los que estaban en el patio. Unas veces la lección tenía que ver con la política; otras trataba otros temas relacionados con ella.

Recuerdo una noche en la que los pobres presos tenían una conferencia sobre las culturas indígenas de Cuba. Su voz salía, estridente, por los altavoces: «los guanacahíbes vivían en la provincia que hoy se llama Pinar del Río. Perteneían a la edad paleolítica, o la edad de la piedra no pulimentada». Su voz sonaba como un martillo neumático en el silencio forzoso de la noche. Luego oímos el ruido de los coches que traían a los condenados que iban a ser fusilados, y al pelotón que marchaba hacia el foso. El conferenciante continuaba: «los guanacahíbes vivían en cuevas y se alimentaban de la caza». Oímos la voz de mando: «¡Preparados!». «Los guanacahíbes utilizaban trozos de concha como ralladores.» «¡Fuego!» Se oyó la descarga. El pobre hombre seguía hablando de los indios. Trajeron otro condenado al paredón. Nos retorcíamos en el suelo, incapaces de

hablar, llorar o salir corriendo. El altavoz continuaba: «Los guanacahíbes enterraban a sus muertos en montículos, una primera capa con los cuerpos y otra capa de conchas y piedras». Parecía que continuaría siempre. Murmurábamos una oración, sin saber si íbamos por el principio, el final o estábamos repitiendo el mismo verso. Solo Dios sabe cuántas veces lo hicimos aquella noche.

Otra descarga. No sé cuántas veces pasó. No sé cuándo acabó o cuándo me quedé dormido.

* * *

Una vez por semana, algo después de las nueve de la noche, cuando la mayor parte nos habíamos dormido, los guardianes entraban silenciosamente en el patio. Luego, de repente, abrían las puertas, entraban de golpe, saltando y gritando, golpeando a los presos con las porras y pinchándoles con las bayonetas, creando auténtica confusión. Salíamos corriendo en calzoncillos, empujándonos unos a otros hasta agruparnos. Entonces nos teníamos que quitar los calzoncillos y ponernos de cara a la pared.

Los guardianes irrumpían en la galería, dispersándose y destruyendo nuestros objetos personales, haciendo todo el ruido que podían. Siempre tenían que llevar después algún anciano a la enfermería por problemas de corazón o subida de la tensión arterial; otros se meaban de miedo. Finalmente, nos hacían correr en fila, desnudos, dando vueltas al patio. Desde lo alto de las tapias mujeres centinela nos miraban y se reían. Antes de dejarnos volver a las galerías examinaban nuestras bocas y otros orificios. En la galería todo estaba revuelto y caótico, roto y destrozado. En menos de cinco minutos teníamos que recoger, barrer lo mejor que pudiéramos y tumbarnos antes del toque de silencio.